



EDGAR POE

I

CARTA Á UN AMIGO



Mi querido Pedro:
Hace cosa de un año que circulan por Madrid diez ó doce ejemplares de una obra titulada *Histoires extraordinaires*, traducción francesa de la que escribió con el mismo título el anglo-americano *Edgar Allan Poe*. Esos diez ó doce ejemplares habrán pasado á estas horas por más de doscientas manos: tal es el espíritu de asociación y de economía que reina entre los lectores españoles, y tal, al mismo tiempo, el entusiasmo que han producido en los doce primitivos propietarios las *Historias extraordinarias* en cuestión. *Edgar Poe* ha sido, por consiguiente, el autor de moda en el pasado invierno. Lo que en 1847 sucedía con *Martin el expósito* y en 1853 con *Verdades amargas*, eso ha pasado en 1858 con

el poeta del nuevo mundo. Damas y caballeros se decían: «¿Por dónde va V.? ¿Ha llegado usted al *Escarabajo de oro*? Mándeme V. el tomo primero cuando lo concluya.....»—Y los doce ejemplares rodaban por las mesitas de noche de apetecidas hermosuras y de aristocráticos personajes, y la inexorable beldad leía un volumen, mientras el rendido adorador terminaba el otro, y éste buscaba en una página la huella de las uñas de aquella, y aquella notaba el olor á tabaco que había comunicado éste á la encuadernación, y un literato encontraba la nota que otro había puesto con lápiz al margen de tal ó cuál episodio, y todos, en fin, se daban *citas mentales* y tenían *conversaciones* imaginarias sobre el capítulo A ó B, al modo de peregrinos que van escribiendo su nombre sobre la pagoda de Jagrenat.

Los que no leen el francés se desesperaban de no poder tomar cartas en el asunto, y, como éstos son muchos todavía, ocurriósele á un editor de Barcelona publicar en castellano las *Historias extraordinarias de Edgardo Poe*, idea que al poco tiempo halló eco en otro editor de Madrid.—Dentro de pocos días, por consiguiente, va á apoderarse nuestro público de una obra que hasta aquí fué patrimonio exclusivo de unos cuantos *iniciados*. Ninguna ocasión mejor, mi querido Pedro, para que yo te ponga al corriente de lo que significan ese li-

bro y ese autor, á fin de que sepas lo que te compras ó á lo que te suscribes, si por acaso te ocurre gastar dinero en proporcionártelos, aunque lo mejor será que busques quien te los preste y comunique, á uso y estilo de buenos peninsulares.

II

Edgar Poe es el lord Byron de la América del Norte, ya que no por la índole de sus obras, por los rasgos principales de su vida.—Mucho me sorprende que ninguno de sus biógrafos haya reparado en los muchos puntos de identidad que existen en los caracteres del inglés del nuevo mundo y el inglés del mundo viejo.

Huérfanos los dos (pues para mí la madre de Byron no mereció nunca este santo nombre); hermosos, altivos é inquietos desde la niñez, introducen la perturbación en los colegios y universidades que frecuentan, haciéndose notar por su amor á los ejercicios gimnásticos, á la bella literatura, á la soledad y al desorden. El uno desde Londres, y el otro desde Baltimore, visitan la Escocia en sus primeros años. Ambos recorren el Oriente en su juventud, atraviesan toda la Turquía y fijan sus ojos en Grecia. Si Byron muere enfrente de Misolonghi defendiendo la independencia

de los helenos, Poe arriba á Atenas reclamando un puesto entre los suliotas para combatir á los turcos. Acércanlos aún más sus alardes (muy justos por cierto) de grandes nadadores: el autor de *Manfredo* atraviesa el Helesponto á nado como Leandro: el autor de *Eureka* triunfa de todos en una regata en el lago *Ohio*. La intemperancia con las mujeres desacredita al europeo; la intemperancia con los licores espirituosos mancha la reputación del americano. Escépticos los dos, soñadores, nómadas, aventureros, mal avenidos con las leyes y costumbres de su patria respectiva, se hacen blanco de las iras de sus compatriotas, excitan su odio y su persecución, y tienen que huir más de una vez á remotos climas en busca de un amigo que les tienda la mano, de un palmo de tierra que los soporte, de un público que no les sea enemigo. Vemos oscilar á ambos entre la opulencia y la ruina, ser el mejor adorno de los salones, y huir á cada instante de los alguaciles; arreglar su vida monacalmente, y caer á los ocho días en mayores excesos y agitaciones; enamorar al público con sus escritos, y espantarlo con sus escándalos; ser acuchillados por la crítica, y palmoteados por las masas; y, por último, vemos que el bardo inglés muere á los treinta y seis años, y el poeta americano á los treinta y siete, siendo para los dos la muerte una rehabilitación, un triunfo, una

apoteosis.—El duelo nacional ahogó allí como aquí la voz de la crítica, y en la fúnebre obscuridad de su apagada existencia destacáronse luminosas é imperecederas sus inspiradas é inimitables obras.

Tales fueron estas dos vidas de gloria y tempestad, en que el individuo, para luchar con sus contemporáneos, echó mano de sus vicios y de sus virtudes, de su ruindad de *hombre* y de su grandeza de *genio*, de todo lo que constituía su triste y complicada naturaleza; lucha desigual y terrible, en que la colectividad, contribuyendo á óbolo de virtud por cabeza, resulta siempre más honrada que el rebelde, y el rebelde,—el Byron ó el Poe,—levantándose á otras regiones donde no rigen los códigos humanos, resulta más glorioso que la colectividad.

Pero, reduciéndome á *Edgar Poe*, y para completar el cuadro de su vida, te diré que nació en Baltimore en 1813, de una noble y riquísima familia, lo que no evitó que sus padres, á fuerza de ser alegres y derrochadores, tuviesen que agregarse con el tiempo á una compañía de cómicos de la legua. A poco de nacer Edgar, quedó huérfano; pero tal era su hermosura, que Mr. Allan, rico negociante de aquella ciudad, lo recogió y adoptó; por lo cual el poeta se llamó en adelante *Edgar Allan Poe*. Se casó y fué un modelo de esposos; per-

dió á su mujer al poco tiempo, y aquí termina la historia de sus amores. Para que todo sea original en este carácter,—originalidad que ya te describiré al tratar de sus obras,—tenemos que vivió toda su vida con su suegra, quien lo amaba como á un hijo, y á la que él quería y respetaba fanáticamente. De sus viajes ya te he hablado. Desde San Petersburgo hasta el cabo de Hornos, de Jerusalén á los Esquimales, recorrió todas las zonas, pudiendo decirse que la tierra entera fué su patria.

Por lo demás, tan pronto lo hallamos en la escuela militar de West-Point, como de redactor de una *Revista* en Richmond: engánchase un día de simple soldado, y al poco tiempo reaparece publicando un tomo de poesías: ya es la admiración y el ídolo de la mejor sociedad de Filadelfia y de Nueva York por sus distinguidas maneras, por su elegancia y su singularísima hermosura, proverbial en toda América, ya se le encuentra en tabernas inmundas bebiendo ron y aguardiente hasta *alcoholizarse*, según su tremenda expresión. Esta excitación, la índole de su inteligencia, la extensión fabulosa de sus estudios y la propensión de su espíritu á lo extraordinario y fenomenal produjeron en él una enfermedad horrible, el *delirium tremens*, que al cabo lo mató la noche del 7 de Octubre de 1849, en una taberna de Baltimore.

Prescindiendo ahora del hombre, paso á hablarte de sus *Historias extraordinarias*, asunto principal de la presente epístola.

III

El autor de la maravillosa novela *Aventuras de sir Arthur Gordon Pym* (otro libro suyo que debes estudiar) es una especie de cismático literario, que se ha formado una estética toda suya y busca *lo bello* por diferente camino que los demás escritores antiguos y modernos.

Creo que debe clasificársele entre los poetas fantásticos, dado que coloca sus creaciones lejos del mundo real y propende á exaltar y turbar la mente de sus lectores; pero hay que advertir que su fantasía busca lo imposible y lo sobrenatural fuera de las regiones ya visitadas por la fe de los místicos, por la inventiva de los impostores ó por la imaginación de los poetas.

Hasta aquí se habían visto (prescindiendo de los cultivadores de la fábula griega, de los autores de *Vidas de Santos* y de los orientalistas por naturaleza ó por afición) otros poetas fantásticos que, para conmovér y asombrar á sus lectores, invadían los verdaderos reinos de la Muerte, ó el campo tenebroso de las imagi-

naciones enfermizas, poblado de cadáveres y aparecidos, de almas en pena y espectros ensangrentados. Es hija esta poesía de la Edad Media, de la fe religiosa y de la barbarie, del ascetismo de unos y de la superstición de otros, y forma parte de la *mitología católica*, entendiéndose por esta frase todo lo puramente imaginativo que las beatas de cien años refrieron á la luz del hogar, en noches de Diciembre, al són del viento y de la lluvia, para dormir á los niños..... Duendes, brujas, resucitados, gatos negros, tentaciones del demonio, metamorfosis de este revoltoso espíritu y otras invenciones que moralizaban por el miedo, dieron asunto á mil cuentos y consejas que todos hemos oído en nuestra niñez, y que debían de asociarse luego con la mitología antigua y el filosofismo moderno en el admirable poema de los alemanes, en el *Fausto*.

Ahora bien: *Edgar Poe* no es nada de esto; ni el corazón ni la imaginación son su teatro; no es fantaseador ni místico; es naturalista, es sabio, es matemático. Quiero decir que su campo de batalla es la inteligencia; que lo que en todo tiempo fué amparo, defensa, arma de la verdad, lo que siempre sirvió para combatir todo linaje de fantasmas; la piedra de toque de la idolatría y del miedo; la luz que redujo á sus formas lógicas y naturales todo afecto loco y devastador, como toda creencia febril y ex-

travagante; *la razón*, para decirlo de una vez, llamada *lugar teológico* por los mismos que la proscibían como sacrilega é impotente, fué el apoyo que buscó el poeta anglo-americano para probar lo imposible, lo extraordinario, lo extranatural, lo inverosímil.

¡Descomunal empresa! ¡Ser racionalista, y aspirar á fantástico!—Poe triunfó, y ésta es su gloria.—Son, pues, todas sus obras una continuada *petitio principii*; una hábil aplicación del paralogismo más refinado; *un ser y no ser* á un mismo tiempo, cuyo absurdo no encuentra la razón; una prueba constante del poder de la inteligencia humana; pero un ataque implícito á esa misma inteligencia, tan fácil de sorprender con lo irrealizable y de persuadir con lo inconcebible!

Partiendo de lo vulgar y admitido; apoyándose por lo regular en las ciencias físicas y matemáticas, que le eran sumamente familiares; tomando de un lado alguna olvidada quimera de astrólogo ó de alquimista, y de otro el más irrealizable conato de magnetizador ó de mecánico; abultando lo accesorio y pasando ligeramente sobre lo principal, *Poe* nos hace creer que ha estado en la Luna y en el Polo; que ha volado; que una momia habló cinco mil años después de embalsamada; que puede encontrarse un alfiler en el fondo del Océano; que un hombre lee todos los pensamientos de otro;

que puede un naufrago entrar en el *Maels-trom* y salir de él ileso; que los cadáveres tienen conciencia de sí mismos!.... Para esto emplea, con un humor superior al de Heyne, el tecnicismo de todas las ciencias y la charlatanería de todas las utopías; convierte en substancia todo lo que se ha imaginado é intentado hacer con la pila de Volta; apela á la Química, á la Medicina, á la Zoología, á todos nuestros conocimientos incompletos é inexactos; trueca lo experimental en absoluto, y sazona toda su paradójal argumentación con un lenguaje técnico, con un estilo vivísimo, con una retórica palpitante, persuasiva, flexible, acomodada á todos los asuntos, árida aquí, sombría allá, pintoresca siempre, y admirable por la exactitud con que logra hacer pensar y sentir á los lectores aquello mismo que era el propósito y el deseo del autor.

Esta *poesía científica*, esta literatura *grotesca* y *arabesca* (como él la llamó una vez para significar que sus formas excluían todo parecido con lo humano); este afán de hacer general lo excepcional; aquella luz fosfórica que álumbra todos sus cuadros, pueden definirse, ó al menos yo los defino, de esta manera:—El secreto de Poe para conmover como conmueve, para persuadir como persuade con sus más inverosímiles cuentos, consiste en una especie de escamoteo de ideas y de palabras que des-

lumbra y desconcierta al lector. De aquí se deduce que es un portentoso psicólogo, que ve por intuición—y esto se explica por su exaltada existencia—cómo se piensa, cómo se siente, cómo se cree y cómo se duda; cual es la misteriosa concatenación de las ideas; dónde nace y adónde va á morir cada sensación, y cómo se verifica el comercio de lo físico y de lo moral, ó sea el contacto del espíritu, cuya penetrabilidad infinita aleja toda idea de resistencia, con el cuerpo, cuya inercia no puede turbar la voluntad sola, negados ciertos pretendidos milagros del magnetismo.

Cuando las *Historias extraordinarias* no fueran un maravilloso alarde de la inteligencia humana, una lectura sumamente interesante, una obra literaria de gran mérito, como método y estilo, y una evaluación *exagerada* de las conquistas que el hombre ha hecho sobre la naturaleza, todavía no dudara yo en recomendarlas, como un medio de despertar la afición á las ciencias naturales y matemáticas en los espíritus poéticos, —enemigos de lo exacto en fuerza de orgullo, y de lo experimental á causa de su pereza¹.

¹ Cuando se escribió y se publicó por primera vez este artículo, no existía aún, literariamente hablando, el célebre novelista Julio Verne, á quien se puede considerar como discípulo ó imitador de Edgar Poe en lo menos trascendental de las obras de éste.

Después de leer á Edgar Poe, puede acontecer que un hombre inútil deje á Virgilio y coja á Berceus, y abandone á Petrarca por Cubier, Humbolt ó Mesmer.


Si así lo hicieres, Dios te lo premie, y si no, te lo demande.—PEDRO.

Ontaneda, 1858.



CARTA Á EMILIO CASTELAR,

Á PROPÓSITO DE SU LIBRO «LA CIVILIZACIÓN EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA».

 **Q**UERIDO Emilio: Llevo dos horas de escribir cuartillas y de romperlas.— Créeme: yo no sé juzgar tu libro: te lo confieso con franqueza.

Acostumbrada mi imaginación á estudios ligeros, enervadas mis facultades intelectuales, débiles de suyo, por una pereza de muchos años; abrumado por tanta elocuencia, por tanta poesía como rebosan tus Lecciones; vivos en mi memoria aquellos momentos de frenético entusiasmo que pasé oyéndote en el Ateneo, cuando á la magia de tus ideas se unía la de tu palabra arrebatadora, nada se me ocurre que no sea vulgar y pálido; que no discrepe de la grandeza del asunto; que no fuera contra tu obra, porque la redujese á las exiguas proporciones de mis alcances, ó que no fuera contra